

Sobre el estilo de Juan Ramón Jiménez

El "Maestro" Raimundo Lida, del círculo de intelectuales del entorno del "Fondo de Cultura Económica" de México, formado en las exigencias de la filología y la estética, es autor de este importante ensayo sobre el estilo del celebrado poeta español Juan Ramón Jiménez, que "El Duende" pone al alcance de sus lectores, en cuatro entregas a partir de la presente edición.

(TERCERA DE 4 PARTES)

Entre la tarde de otoño.. sube un humo dulce y blanco.

Ya se ve. Propositiones, conjunciones, adverbios, todas estas humildes partículas tienen en Juan Ramón un papel bien reconocible de elementos "alejadores". No son aquí, como pueden ser en un tratado científico, los imperturbables policías que marcan la dirección exacta al tránsito de nuestras ideas. Al revés, las envuelven en bruma, las roban al cono de luz del intelecto y ayudan a sí a transfigurarlas en las misteriosas entidades que componen el mundo poético de Juan Ramón Jiménez.

Campo y cielo pueblan ese mundo, luna y sol, monte y valle, mar, estrellas y jardines. ¡Qué poder de evocación el de estos simples nombres! Pero un aire delgado -aire letal de puna, a veces- lo baña todo. Basta penetrar en él para sentirse en el país extraño de los sueños. Aunque Juan Ramón recorta lúcido y vigilante esos sueños, ni los más claros destellos de su inteligencia bautizadora -"¡Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas!"- logran borrar el aura hípica que rodea sus visiones. Cada objeto de ese mundo despidé luz ambigua, como si el artista la hubiese encendido con doble mirada. De pocos poetas -nos dice Emmy Neddermann- es tan amiga y familiar la luna, pero en pocos, también, se llena de tanta fuerza simbólica. Mundo y trasmundo, siempre. El mar es mar, pero es además ventana que da el infinito.

Lo azul queda atrás, abierto en plata
y está otra vez delante.

El viento es viento, pero es ala con que
escapar del ahora y del aquí:

... llenas de azul de ensueño y de desho-
ra.
las vagas brisas...

Luz ambigua cosas que se disgregan en
sus emanaciones como para transírse más
fácilmente de espíritu, haces de sensacio-

nes dispares combinadas con minuciosidad puntillista y divisionista. Gran maestro es Juan Ramón en el arte de fundir impresiones de sentidos diversos, gran descubridor de correspondencias irracionalistas, de esas que tanta fortuna han logrado en la poesía contemporánea. En su extensa y matizada escala de sinestesías caben, tanto la que es sutil aleación funde blanca y silencio, música y olvido, como la que, reverdeciendo fórmulas del lenguaje diario, ahonda estilizadamente en ellas para dar con el filón de poesía, así, frente a "voz gruesa", la voz delgada y de plata, o la que opone al "divino del piani silenzio verde" la música verde de los chopos y su verde charla metálica.

El ritmo sintáctico y la estructura del verso acompañan este anhelo de inmaterialidad con lo leve de sus formas y movimientos, con el paso fluido de verso a verso y de estrofa a estrofa, con una calculada puntuación que suele dejar inclusa o desvanecida la frase, o hacerla surgir borrosamente en pianissimo; con la supresión de nexos lógicos o con su reducción al mínimo puente de un y... Los valores acústicos, el timbre simbólico o descriptivo de consonantes y vocales, el arrastrarse de los graves adverbios en mente: todo colabora con tan delicada poesía.

En la breve "síntesis ideal" de sí mismo que Juan Ramón traza en la Antología de Gerardo Diego, la historia de cada etapa de su vida se cierra con este insistente doloroso estribillo: soledad, "Mi vida ha sido siempre dulce y aislada", explica en otra ocasión. Su azaframiento ante la vida, su temor a la acción y a los hombres, hacen del Juan Ramón de la primera época una figura extrema de poeta ensimismado. Hasta el ensueño en que su poesía se envuelve parece una muralla contra el mundo: "para qué quiero la vida si para nada me sirve" (Arias tristes). Así, de espaldas a la vida, lo vemos alejarse, por nocturnos países de sueño y de muerte; refugiarse entre paredes de corcho contra los ruidos de la ciudad; sentir la llegada de cada día como un

jeterno amanecer de frío y de disgusto, fastidiosa salida de la curva del sueño!

Ensimismamiento que no logra vencer -obsesiva Emmy Neddermann- hasta su viaje a los Estados Unidos. Y aún no del todo: ciudades tentaculares como las que Verhaeren transforma expresionistamente en una crispación de actividad humana, las ve el poeta del Diario en contemplación remota, bajo su pura forma de laberinto impasible y hostil.

A partir de esta soledad primera, de la que brota poesía también egocéntrica y apartada -"Yo estoy solo... yo tengo mucha tristeza"-, Emmy Neddermann va siguiendo la evolución literaria de Juan Ramón Jiménez. En el periodo siguiente, la sensibilidad del poeta se vuelve más receptiva y su experiencia se enriquece. Abierta ya al mundo, su alma no se detiene hasta identificarse con él: "Yo también quiero ser de oro, cual la hoja mustia..." "No sois vosotras, dulces, bellas ramas... Es mi alma!" Y este sentimiento ve articulándose, adquiere en cierto modo una contextura lógica, como de filosofía en germen; así en los intentos de interpretación de la propia alma del poeta en Eternidades y Belleza. Tema que persiste y se agranda en el periodo siguiente, en que Juan Ramón se lanza tras un yo supraempírico, "un yo inmortal, más que yo". Paralelamente, la busca salvadora del interlocutor -más exacto: de un tú hacia el cual orientar el soliloquio lírico- empieza por la directa y fraternal alocución del viajero solitario al Mar, a la Primavera o a su Corazón. Otras veces, de la soledad y el silencio surgen inciertos interlocutores, alguien, no sé quién, que sobresaltan al artista con sus voces extrañas ("Silencio... ¿Qué? El campo es todo..."); diálogo entre el viajero y su sombra. Y no ya su sombra, sino seres cada vez más abstractos e ideales, vendrán luego a escucharle: "tu amor", la "Eternidad, belleza sola", la Verdad desnuda".

(Continuará)

